

Ricardo Moreno Castillo

*La llave perdida*

P A S O S   P E R D I D O S

Diseño de cubierta: Editorial Pasos Perdidos S.L.  
Imagen de cubierta: August Macke, *Marienkirche in  
Bonn mit Häusern und Schornstein*, 1911.  
Maquetación: Daniel F. Patricio

© de esta edición, Editorial Pasos Perdidos S.L., 2016  
© Ricardo Moreno Castillo, 2016

ISBN: 978-84-944769-6-9

Depósito legal: M-29977-2016

Impreso por Estugraf impresores

Cualquier formato de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede hacerse con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Sobre un notario con dos hijos  
medio tontos y un canónigo que tenía  
un abijado un poco chiflado.*

Como todo el mundo sabe, nadie puede ser gallego de verdad si no tiene por lo menos un tío cura y un primo contrabandista, aunque también podría valer un cuñado. Esto no lo digo yo, lo dice un amigo mío que sabe mucho de muchas cosas. No tengo ni la menor idea de las razones sobre las cuales apoya su inapelable veredicto, pero él lo tiene como algo absolutamente cierto. A lo mejor tiene razón, quién sabe, y por mi parte siempre sigo las opiniones de los que saben más y son más listos que yo. Por lo que se refiere al contrabandista tengo tanta familia en las rías bajas que sería temerario asegurar nada. No puedo decir ni que sí ni que no. Y no por pudor ni por vergüenza, porque un historiador

riguroso como yo no puede obviar ningún detalle por sórdido que pueda parecer o por mucho que pueda deshonrar a la familia, es que no lo sé, esa es la verdad. Además, el contrabando es, de todos los delitos, el que menos antipatías despierta entre las gentes honradas, por lo menos mientras no se llegue a traficar con droga. Tanto es así que un rapaz de un centro escolar de un pueblo del litoral de la Ría de Arosa, al rellenar la ficha, donde ponía «profesión del padre», escribió «contrabandista», y estoy seguro de que lo hizo animado de la mejor buena fe del mundo.

En cuanto al tío cura, tengo que retroceder dos generaciones para dar con Bartolomé Magariños, canónigo de la catedral de Mondoñedo y primo de mi abuelo. Es curioso, cuántas cosas se aprenden y cuántos descubrimientos insólitos haces cuando te pones a investigar en la historia de la propia familia. Uno es, para sí mismo, un ser bastante sorprendente, pero el estudio de los antepasados no arroja ninguna luz sobre la propia personalidad, más bien al contrario. En cuanto haces descubrimientos sobre ellos, caes en la cuenta del poco parecido que guardas con tus mayores, y te conviertes en un ser todavía más sorprendente. Entre otras cosas inesperadas, descubrí que tengo ascendientes militares por las dos ramas. Por la parte de mi madre descendo de alguien que destacó en la defensa de Zaragoza, bajo las órdenes de Palafox, cuando la ciudad fue asediada por las tropas napoleónicas.

Era gallego, no maño, pero cuando la invasión cuadró que estaba él destinado por esas tierras. A lo mejor pudo tratar con Agustina de Aragón, que todo podría ser, pero sí hay constancia de que defendió bravamente su posición. Una bala le segó limpiamente la oreja derecha, pero por lo demás, no tuvo heridas de gravedad. Debió de ser algo incómodo para él, no tanto por la falta de la oreja, que con el tiempo a todo te haces, como por los comentarios de los mete patas de siempre (los cuales, como todo el mundo sabe, formamos la mayor parte de la humanidad): «Te falta la oreja derecha», como si una oreja pudiera perderse sin darse cuenta, como cuando se pierde un botón. Es cierto que llevar una cicatriz en el pecho parece así como más glorioso que llevar una oreja de menos, pero en esta vida no siempre se puede elegir, y nadie tiene por qué hacer comentarios obvios ni observaciones fuera de lugar. El caso es que se portó con mucha valentía, para honra y orgullo de quienes descendemos de él. Por la parte de mi padre sé que vengo de un oficial que luchó en las guerras del norte de África, y entre sus hechos de armas se cuenta que tuvo que deshacerse de un cañón porque, entre avances y retrocesos frente al enemigo, al final había un cañón más de los que figuraban en el inventario. Cosas inexplicables que pasan. Un cañón de menos se puede justificar. Vaya, supongo que, militarmente hablando, la pérdida de una pieza de artillería es difícil de disculpar,

sobre todo si se quiere quedar airosamente delante de los superiores, pero por lo menos no es un hecho sobrenatural. En cambio, aclarar una aparición ya no es algo tan fácil. De modo que, muy sensatamente, decidió que no era cosa de perder tiempo con informes, oficios, palabras vanas y explicaciones ociosas, y que mucho mejor era deshacerse del cañón. Y así, acordado con los oficiales de más confianza, lo desmontaron, y una pieza hoy y otra mañana, fueron dejándolo por el camino aprovechando una retirada. No fue un hecho como para merecer una condecoración, pero supo salir con bien de una situación un poco incómoda. Dicen que guardó una pieza, la más pequeña, como recuerdo. Puede ser que algún objeto de hierro que todavía ande por mi casa proceda del cañón. Pero la sangre castrense de los padres de los padres de mis padres quedó disuelta en pocas generaciones, y a mí no me alcanzó ni una gota. Esto es evidente: lo demuestran sobradamente mis andares torpes y poco gallardos, mi aspecto desaliñado y escasamente marcial y mi limitadísimo sentido de la disciplina. Asimismo, el servicio militar lo pasé muy discretamente, sin destacar en nada ni merecer alabanzas, parabienes ni condecoraciones. Cuando fui licenciado, nadie en el cuartel me echó de menos ni lo consideró un gran perjuicio para las fuerzas armadas.